

se enerva por el sentimiento doloroso de sus necesidades; y el disgusto, que es la consecuencia, lleva consigo la deserción. Los hospitales carecen de enseres, de combustible y de medicinas; los establecimientos de beneficencia, víctimas de la misma escasez, rechazan al indigente y al enfermo, de quienes eran el único recurso. Los acreedores del Estado, los contratistas que diariamente contribuyen á satisfacer las necesidades de los ejércitos, sólo consiguen arrancar pequeñas partidas de las sumas que se les deben, y su miseria aleja á los hombres que podrían prestar iguales servicios con más exactitud y á menos precio. Los caminos están perdidos y las comunicaciones interrumpidas. Los funcionarios públicos carecen de sueldo; de un extremo á otro de la república se ve á los jueces y á los administradores reducidos á la horrible alternativa de vivir en la miseria con sus familias, ó deshonorarse vendiéndose á la intriga. La malevolencia se agita por doquiera; en muchos puntos se organiza el asesinato, y la policía, sin actividad y sin fuerza, porque carece de medios pecuniarios, no puede contener este desorden.»

Irritólos á los Consejos la publicación de este mensaje, que parecía tender á que recayesen sobre ellos las desgracias del Estado, y censuraron vivamente la indiscreción del Directorio; mas á pesar de ello, comenzaron á examinar acto continuo sus proposiciones. El numerario abundaba en todas partes, excepto en las arcas del Estado. El impuesto, que se percibía ya en metálico ó en papel al valor corriente, ingresaba con mucha lentitud; los bienes nacionales subastados se satisfacían sólo en parte, y los pagos que restaba hacer no habían vencido aún. Vivíase sólo de arbitrios, dando á los proveedores facturas de liquidación, especie de libranzas á largo plazo, que recibíendose por un valor ínfimo, hacían subir considerablemente el precio de los mercados. Era, pues, siempre la misma situación que ya hemos dado á conocer tan á menudo.

Introdujeron grandes mejoras en la hacienda para el año v, dividiéndose el presupuesto en dos partes, según hemos visto, que era el gasto ordinario de cuatrocientos cincuenta millones y el extraordinario de quinientos cincuenta. La contribución territorial ascendía á doscientos cincuenta millones, la del lujo y la personal á cincuenta, las aduanas, papel sellado y derechos de registro á ciento cincuenta, con lo cual se pudieron cubrir los cuatrocientos cincuenta millones del gasto ordinario. El segundo debía completarse con los atrasos de las contribuciones y el producto de los bienes nacionales, pudiendo exigirse ya el impuesto enteramente en metálico. Quedaban todavía algunas cédulas y asignados que se anularon inmediatamente, recibíendose al corriente por pago de atrasos, logrando desterrar así totalmente los desórdenes del papel moneda.

Cerróse definitivamente el empréstito forzoso, que apenas produjo en valor efectivo cuatrocientos millones, y antes del 15 frimario del año corriente (5 diciembre) debían quedar pagados los atrasos de los impuestos. Para activar el cobro se echó mano de los apremios y se ordenó la formación de padrones para percibir inmediatamente la cuarta parte de los impuestos del año v. Sólo faltaba saber qué destino se daría al valor de los bienes nacionales, no existiendo de antemano en circulación el papel moneda. Aun debía cobrarse la última

sexta parte de los bienes subastados, y se decidió que para anticipar este último pago se exigiese de los compradores obligaciones pagaderas en efectivo, á cumplir en la misma época en que la ley obligaba al pago, y en caso de protesta, se perdiese el derecho á los bienes. Esta medida podía dar ochenta y tantos millones de obligaciones, con la que los proveedores anunciaban que se contentaban. No se tenía confianza en el Estado, pero sí en los particulares, y los ochenta millones del papel personal tenían un valor á que no podía arribar ningún otro emitido y garantizado por la república. Dejóse que los bienes que se vendieran en adelante se pagarían en esta forma: una décima parte en dinero al contado, cinco décimas también en obligaciones contra los ministros, ó en facturas de liquidación entregadas á los proveedores, y finalmente cuatro décimas partes en otras tantas obligaciones pagaderas anualmente.

Así, careciendo ya de crédito público, se apelaba al de los particulares, y no pudiendo emitir ya papel moneda con hipoteca sobre los bienes, se exigía á los compradores de ellos una especie de papel que, mediante su firma, tenía un valor individual, y finalmente se permitía á los proveedores cobrar sus suministros de los mismos bienes.

Con tales disposiciones era de esperar que se estableciera cierto orden, lográndose algunos ingresos. Para atender á las urgentes atenciones del ministerio de la Guerra, se le adjudicó para los meses de nivoso, pluviioso, ventoso y germinal, destinados á los preparativos de la nueva campaña, la suma de ciento veinte millones, treinta y tres sacados del gasto ordinario, y ochenta y siete del extraordinario. Los primeros se sacarían de los registros, correos, aduanas, patentes y contribución territorial. Los ochenta y siete del extraordinario debían reunirse del producto de las dehesas, de los atrasos de contribuciones militares y de las obligaciones de los compradores de bienes nacionales. Estos valores eran seguros, é iban á recaudarse inmediatamente. Pagóse en dinero efectivo á los empleados, y resolvieron hacer lo mismo con los censuistas; mas no pudiendo darles dinero, les entregaron pagarés, admisibles en pago de los bienes nacionales como las obligaciones entregadas á los proveedores.

Tales fueron los trabajos administrativos del Directorio durante el invierno del año v (1796 á 1797) y los medios que dispuso para atender á la siguiente campaña. Aun no estaba terminada la actual, y todo anunciaba que sin embargo de diez meses de encarnizados combates y á pesar de los hielos y las nieves, iban á verse nuevas acciones. El archiduque Carlos se obstinaba en apoderarse de Kehl y Huninga, como si con esto hubiera podido impedir á los franceses que volviesen á la orilla derecha. El Directorio se complacía en entretenerle allí, pues así no acudía á las operaciones de Italia. Pasó cerca de tres meses delante de Kehl, donde las tropas de una y otra parte se distinguieron por su heroico arrojo y los generales de divisiones por sus talentos prácticos. Desaix fué quien más se distinguió por su valor, serenidad y acertadas disposiciones junto á aquel fuerte miserablemente atrincherado. La conducta de los dos generales en jefe fué tan digna de elogio como la de sus segundos. Se culpó á Moreau de

que no había sabido aprovecharse de la fuerza de su ejército, ni acometido de la orilla izquierda al ejército sitiador, y al archiduque de que había malgastado todos sus esfuerzos para ganar la cabeza de un puente. Moreau rindió á Kehl el 20 nivoso, año v (9 enero de 1797), pérdida en verdad muy corta. Nuestra tenaz resistencia probaba la solidez de la línea del Rhin. Las tropas habían sufrido muy poco, y Moreau empleó el tiempo en perfeccionar su organización, de modo que su ejército presentaba un aspecto brillante. El del Sambre y Mosa, que pasó al mando de Beurnonville, no se ocupó tan útilmente en los últimos meses, pero se repuso de sus fatigas y se reforzó con muchos destacamentos de la Vendée, confiándose á un jefe distinguido, á Hoche, que al fin fué á dirigir una guerra digna de sus talentos. Por esto, aunque sin poseer aún á Maguncia, y privado de Kehl, el Directorio podía contemplarse satisfecho en el Rhin. Los austriacos por su parte, orgullosos con la toma de Kehl, dirigían todos sus esfuerzos á la cabeza del puente de Huninga, aunque toda la atención del emperador y sus ministros estaba fija en Italia. Extraordinarios eran los trabajos de la administración para reforzar el ejército de Alvinz y aprestarse á la última lucha. Hicieron partir á las tropas en posta, y se dirigía hacia el Tirol la guarnición toda de Viena. Los habitantes de ésta, llenos de afecto hacia la casa imperial, aportaron cuatro mil voluntarios que se rëgimentaron bajo el nombre de *voluntarios de Viena*. La emperatriz les dió banderas bordadas por su mano, haciéndose una nueva quinta en Hungría y sacando del Rhin algunos miles de hombres de las mejores tropas del Imperio. Gracias á esta actividad, digna de los mayores elogios, el ejército de Alvinz obtuvo el refuerzo de unos veinte mil hombres, con lo que ascendió á más de sesenta mil. Las tropas se hallaban descansadas y reorganizadas, y aunque constaban de algunos reclutas, la mayor parte del ejército era gente aguerrida. El batallón de los voluntarios de Viena constaba de jóvenes no acostumbrados ciertamente á la guerra, pero de buenas familias, animados de sentimientos nobles, decididos por la causa imperial, y capaces de manifestar la mayor bravura.

Los ministros austriacos se habían entendido con el papa, y le obligaron á resistir á las amenazas de Bonaparte, enviándole á Colli y algunos oficiales para mandar su ejército y recomendándole que cuanto antes le dirigieran á Bolonia y á Mantua. Habían prometido á Würmser socorro muy pronto, y ordenándole que no se rindiese si no se encontraba apurado, saliendo en este caso de Mantua con cuantas tropas y oficiales tuviese, atravesase por Bolonia y Ferrara los Estados Pontificios y se reuniese al ejército papal, organizándole y acometiendo á Bonaparte por la retaguardia. Este plan muy bien concebido podía lograrse tratándose de un general tan valiente como Würmser, que seguía en Mantua defendiéndose con suma entereza, á pesar de que su guarnición no tenía para comer más que carne de caballo salada y *polenta*.

Bonaparte esperaba aquella última lucha que iba á decidir para siempre de la suerte de Italia, y preparábase á ella. Era cierto, como afirmaban en París los mal intencionados que deseaban la humillación de nuestros ejércitos, que padecía de una sarna mal curada ad-

quirida delante de Tolón, al cargar un cañón con sus propias manos. Esta enfermedad, mal conocida, agregada á las extraordinarias fatigas de aquella campaña, le había debilitado mucho: apenas podía sostenerse á caballo; tenía las mejillas hundidas y cárdenas; toda su persona parecía consumida, y sólo sus ojos, siempre tan vivos y penetrantes, indicaban que no se había extinguido el fuego de su alma. Hasta sus proporciones físicas ofrecían un contraste singular con su genio y su fama, contraste que chocaba á unos soldados entusiasmados á la vez que de buen humor. A pesar del desfallecimiento de sus fuerzas, sosteníanle sus extraordinarias pasiones, comunicándole una actividad que se transmitía á todo cuanto le rodeaba. Había dado principio á lo que él llamaba *la guerra á los ladrones*. Habían acudido á Italia los intrigantes de toda especie para introducirse en la administración de los ejércitos y aprovecharse de la riqueza de aquel hermoso país. Mientras que en los ejércitos del Rhin reinaba la sencillez y la indigencia, enseñoreábase el lujo en el de Italia, y era tan grande como su gloria. Los soldados, bien vestidos y alimentados y recibidos perfectamente por las bellas italianas, vivían en los placeres y la abundancia. Los oficiales y los generales, participando de la opulencia, comenzaban á labrar su fortuna; y en cuanto á los contratistas, desplegaban un fausto escandaloso y compraban con el precio de sus exacciones los favores de las más hermosas actrices de Italia.

Bonaparte, que tenía todas las pasiones, pero que en aquel momento estaba dominado tan sólo por la de la gloria, vivía sencilla y austeramente, sin buscar descanso sino al lado de su esposa, á quien amaba con ternura y la hizo venir á su cuartel general. Indignado por los desórdenes de la administración, inspeccionaba con severidad los menores detalles, comprobando él mismo los registros de las compañías; mandaba perseguir á los administradores infieles, y denunciábalos desapiadadamente, censurándolos sobre todo por su falta de valor y por abandonar el ejército en los días de peligro. Recomendaba al Directorio que eligiese hombres de una energía á prueba, y pedía se crease una sindicatura que, á manera de jurado, juzgase por mero convencimiento y castigara unos delitos que no se podían probar materialmente. Perdonaba con gusto á sus soldados y generales unos placeres que no eran para ellos las delicias de Capua; pero miraba con implacable odio á los que se enriquecían á costa del ejército sin servirle con su persona ni con sus desvelos.

Igual esmero y actividad empleaba respecto á las potencias italianas. Siempre cauto con Venecia, cuyos armamentos veía en las lagunas y montañas del Bergamasco, retardaba pedir explicaciones hasta la rendición de Mantua. Hizo que sus tropas ocupasen interinamente el castillo de Bérgamo, en el cual había guarnición veneciana, y dió por razón que no le consideraba con suficientes fuerzas para resistir á una embestida de los austriacos. Púsose así á cubierto de una alevosía, é infundió respeto á los innumerables enemigos que tenía en Bérgamo. Prosiguió favoreciendo en Lombardía y en la Cispadana el espíritu de liberalismo, reprimiendo al partido austriaco y papal, y poniendo á raya al democrático, que en todos los países necesita de mucho freno. Mantúvose en amistad con el rey del Piamonte y

el duque de Parma, y acudió personalmente á Bolonia para terminar una negociación con el duque de Toscana é imponer terror á la corte de Roma.

El duque de Toscana estaba muy disgustado con la presencia de los franceses en Liorna, y habíanse suscitado acaloradas discusiones con el comercio liornés sobre las mercancías pertenecientes á los negociantes enemigos de Francia. Estas contestaciones produjeron mucha animosidad; y por otra parte, los géneros, arrancados á duras penas, se vendían muy mal por una compañía que acababa de robar cinco ó seis millones al ejército. Bonaparte prefirió transigir con el gran duque, y se convino en evacuar á Liorna mediante dos millones, con lo cual obtenía también la ventaja de tener disponible la guarnición de aquella ciudad. Su proyecto era tomar las dos legiones organizadas por la Cispadana, reunir las á la guarnición de Liorna y agregar tres mil hombres de sus tropas, encaminando este reducido ejército hacia la Romanía y la Marca de Ancona. Quería apoderarse aún de dos provincias del Estado romano, poner la mano sobre las propiedades del papa, recoger los impuestos, cobrar por este medio la contribución que no se había pagado, tomar rehenes elegidos en el partido adversario de Francia y establecer así una barrera entre los Estados de la Iglesia y Mantua. De este modo imposibilitaba el proyecto de unión entre Würmsér y el ejército papal; podía imponer al Santo Padre y obligarle por fin á someterse á las condiciones de la república. En su enojo contra la Santa Sede, no pensaba ya en perdonarla, y quería hacer en Italia una división completamente nueva: se devolvería la Lombardia al Austria; organizaríase una república poderosa agregando á Módena, Bolonia y Ferrara, la Romanía, la Marca de Ancona y el ducado de Parma, anexionando Roma á este último, lo cual agradaría mucho á España, comprometiendo á la más católica de todas las potencias. Había comenzado ya á ejecutar este proyecto: trasladado á Bolonia con tres mil hombres de tropas, amenazaba desde allí á la Santa Sede, la cual había formado ya un centro de ejército; pero el papa, seguro ahora de una nueva expedición austriaca, y esperando comunicarse por el Po inferior con Würmsér, arrostraba las amenazas del general francés, y hasta manifestaba el deseo de verle avanzar más aún por sus provincias. El Padre Santo, decían en el Vaticano, abandonará á Roma si es necesario para refugiarse en el más remoto de sus Estados; cuanto más se interne Bonaparte y más se aleje del Adige, mayor será su peligro y tanto más favorables las probabilidades para la causa santa. Bonaparte, que era tan previsor como el Vaticano, no tenía empeño de marchar sobre Roma; sólo quería amenazar, y tenía siempre la vista fija sobre el Adige, esperando á cada momento un nuevo ataque. El 19 nivoso (8 enero de 1797), en efecto, supo que acababa de ocurrir un encuentro en casi todos sus puestos avanzados; acto continuo volvió á cruzar el Po con dos mil hombres, y corrió él mismo á Verona.

Su ejército había recibido desde la jornada de Arco los refuerzos que debió recibir antes de esta batalla; sus enfermos habían salido de los hospitales al principio del invierno; y tenía unos cuarenta y cinco mil hombres sobre las armas, siendo su distribución siempre la misma. Unos diez mil bloqueaban á Mantua á las

órdenes de Serrurier; treinta mil se hallaban de observación en el Adige; Augereau guardaba Legnago; Massena á Verona; Joubert, que había substituído á Vaubois, se hallaba en Rívoli y la Corona; y Rey, con una división de reserva, ocupaba á Dezenzano, á orillas del lago de Garda. Los cuatro ó cinco mil hombres restantes estaban repartidos en los castillos de Bérgamo y Milán y en la Cispadana. Los austriacos avanzaban con sesenta y tantos mil hombres y tenían veinte mil en Mantua, de los cuales estaban sobre las armas lo menos doce mil. Así, pues, lo mismo en esta lucha que en las anteriores, el número de enemigos era doble. Los austriacos tenían esta vez un nuevo proyecto: habían tanteado todos los caminos para atacar la doble línea del Mincio y del Adige: antes de la batalla de Castiglione bajaron á lo largo de las dos orillas del lago de Garda, por los dos valles del Chiesa y del Adige; más tarde salieron por el valle de este nombre y por el de Brenta atacando por Rívoli y Verona, y ahora habían modificado su plan conforme á sus proyectos con el papa. El ataque principal debía efectuarse por el alto Adige, con cuarenta y cinco mil hombres á las órdenes de Alvinzy, emprendiéndose otro accesorio é independiente del primero, con unos veinte mil hombres á las órdenes de Provera, por el bajo Adige, á fin de comunicarse con Mantua, la Romanía y el ejército del papa.

El ataque de Alvinzy era el principal, bastante fuerte para esperar un buen éxito en este punto, y se debía emprender sin consideración á lo que pudiese suceder á Provera. Ya hemos descrito los tres caminos que parten de las montañas del Tirol; el que rodeaba por detrás del largo de Garda había sido descuidado desde la batalla de Castiglione y avanzábase ahora por los otros dos: el uno, corriéndose entre el Adige y el lago de Garda, prolongábase á través de las montañas que separan el lago del río y desembocaba en la posición de Rívoli; el otro costaba exteriormente el río é iba á terminar en la llanura de Verona, fuera de la línea francesa. Alvinzy eligió el que pasaba entre el río y el lago, penetrando en nuestra línea. Contra Rívoli debían dirigirse, pues, sus golpes, y he aquí cuál era esta posición para siempre célebre. La cadena del Monte Baldo separa el lago de Garda y el Adige; entre este último y el pie de las montañas se prolonga el camino real en la extensión de algunas leguas; en Incanale, dicho río baña el pie de aquéllas, sin dejar ya sitio para costear la orilla. Entonces desvíase el camino de las márgenes del río, se eleva como una especie de escalera de cañol en los flancos de la montaña y desemboca en una vasta meseta, que es la de Rívoli. Domina el Adige por un lado, y por el otro le rodea el anfiteatro de Monte Baldo. El ejército que tome posición en esta meseta amenaza el camino en forma de escalera por donde se debe subir, barriendo á lo lejos con sus fuegos las dos orillas del Adige. Difícil es de tomar la meseta de frente, porque se ha de franquear una estrecha escalera para llegar; así es que no se intenta atacarla por este solo punto. Antes de llegar á Incanale, otros caminos conducen al Monte Baldo, y franqueando sus escarpadas crestas, van á desembocar en la meseta de Rívoli. No son practicables para la caballería ni la artillería, pero sí para la infantería, y se pueden conducir considera-

bles fuerzas de esta arma á los flancos y retaguardia del cuerpo de ejército que defiende la meseta. El plan de Alvinzy era atacar la posición por todos los puntos á la vez.

El 23 nivoso (12 enero) atacó á Joubert, que ocupaba todos los puestos avanzados, y estrechó sobre Rívoli. El mismo día Provera dirigía dos vanguardias, una sobre Verona y la otra contra Legnago, por Caldiero y Bevilacqua. Massena, que se hallaba en Verona, salió al punto, desbarató la vanguardia que se le había presentado é hizo novecientos prisioneros. Bonaparte llegaba de Bolonia en el mismo instante, é hizo replegar toda la división en Verona para tenerla dispuesta á marchar. Durante la noche supo que Joubert era atacado vigorosamente en Rívoli, y que Augereau había visto delante de Legnago considerables fuerzas. No podía conocer aún cuál era el punto contra el que dirigía el enemigo sus principales fuerzas; pero tenía siempre preparada la división Massena, y ordenó á la división Rey, que estaba en Dezenzano y que no había visto ningún enemigo por detrás del lago de Garda, que se dirigiera á Castel-Novo, el punto más céntrico entre el alto y el bajo Adige. Al día siguiente, 24 (13 enero), los correos se sucedieron con rapidez: Bonaparte supo que Joubert, atacado por fuerzas considerables, iba á ser arrollado, y que debía á la tenacidad y á su afortunada resistencia conservar aún la meseta de Rívoli. Augereau le enviaba á decir desde el bajo Adige que se tiroteaban á lo largo de ambas orillas, sin que ocurriera ningún suceso importante. Desde aquel instante adivinó el proyecto del enemigo, y vió bien que el ataque principal se dirigía contra Rívoli. Pensaba que Augereau sería suficiente para defender el bajo Adige; reforzóle con un cuerpo de caballería destacado de la división Massena, y ordenó á Serrurier, que bloqueaba á Mantua, que condujese su reserva á Villafranca para situarla en una posición intermedia á todos los puntos. Dejando en Verona un regimiento de infantería y otro de caballería, marchó en la noche del 24 al 25 (13 á 14 de enero) con las 18.^a, 32.^a y 75.^a medias brigadas de la división Massena y dos escuadrones de caballería; ordenó á Rey que no se detuviera en Castel-Novo y subiese desde luego á Rívoli; y adelantándose á sus dos divisiones, llegó á dicho punto á las dos de la mañana. El tiempo, lluvioso los días anteriores, había aclarado; el cielo estaba sereno, brillaba la luna y el frío era penetrante. Al llegar Bonaparte, vió el horizonte enrojecido por los fuegos de los austriacos, cuyo número calculó en cuarenta y cinco mil hombres. Joubert no contaba sino con diez mil, y ya era tiempo que llegase el auxilio. El enemigo se había distribuído en varios cuerpos: el principal, compuesto de una numerosa columna de granaderos, de toda la caballería, la artillería y los bagajes, seguía á las órdenes de Kasdanovich el camino real entre el río y el Monte Baldo, debiendo desembocar por la senda de Incanale; otros tres cuerpos al mando de Ocskay, de Koblos y de Liptai, compuestos sólo de infantería, habían franqueado la falda de las montañas y llegarían al campo de batalla bajando por las gradas del anfiteatro que el Monte Baldo forma alrededor de la meseta de Rívoli; y una cuarta columna, á las órdenes de Lusignán, corriéndose por el lado de la meseta debía ir á situarse á retaguar-

dia del ejército francés para cortarle el camino de Verona. Por último, Alvinzy había destacado una sexta columna que por su posición quedaba completamente fuera del centro de operaciones. Marchaba por el otro lado del Adige, siguiendo el camino que por Roveredo, Dolce y Verona costea el río exteriormente. Esta columna, mandada por Vukassovich, podría cuando más enviar algunas balas al campo de batalla, tirando desde una orilla á otra.

Bonaparte comprendió al punto que era preciso conservar la meseta á toda costa: tenía delante la infantería austriaca, que bajaba del anfiteatro sin un solo cañón; á su derecha los granaderos, la artillería y caballería, que costean la orilla del río iban á desembocar por la senda de Incanale sobre su flanco derecho; y á su izquierda á Lusignán, flanqueando á Rívoli: las balas de Vukassovich, lanzadas desde la otra orilla del Adige, pasaban sobre su cabeza. Situado en la meseta, impedía la reunión de los diversos cuerpos; abrazaba á la infantería con sus cañones, y rechazaba á la caballería y artillería, encerradas en un camino estrecho y circular. Poco le importaba entonces que Lusignán hiciese un esfuerzo para franquearle, y que Vukassovich le enviara algunos proyectiles.

Concertado el plan con su acostumbrada prontitud, comenzó la operación antes de amanecer. Joubert se había visto precisado á estrecharse para no ocupar sino una extensión proporcionada á sus fuerzas, y era de temer que la infantería, bajando por las gradas del Monte Baldo, fuera á unirse con la cabeza de la columna subiendo por Incanale. Mucho antes de amanecer, Bonaparte dió el aviso á las tropas de Joubert, que después de cuarenta y ocho horas de combate descansaban un poco. Mandó atacar los puestos avanzados de la infantería austriaca, obligóles á replegarse y se extendió más en la meseta.

Al fin se trabó la acción vivamente; la infantería austriaca, careciendo de cañones, retrocedió ante la nuestra, que iba provista de su formidable artillería, y replegóse en semicírculo hacia el anfiteatro del Monte Baldo; pero en aquel momento ocurre en nuestra izquierda un contraste enojoso. La columna de Liptai, situada en la extremidad del semicírculo enemigo, cae sobre la izquierda de Joubert, compuesta de las medias brigadas 89.^a y 25.^a, las sorprende, las desordena y obligalas á retirarse. Al mismo tiempo acude inmediatamente la 14.^a, fórmase para cubrir el resto de la línea, y resiste con admirable intrepidez. Los austriacos se reúnen contra ella y están á punto de agobiarla, tratando sobre todo de apoderarse de dos cañones, cuyos caballos han sido muertos. Ya llegan á las piezas, cuando grita un oficial: «Granaderos de la 14.^a, ¿os dejaréis coger las piezas?» Al oír esto, cincuenta hombres se precipitan en seguimiento del valeroso oficial, rechazan á los austriacos, comienzan á tirar de las piezas y se las llevan.

Al ver Bonaparte el peligro, deja á Berthier en el punto amenazado y parte al galope hacia Rívoli, á fin de buscar auxilios. Comenzaban á llegar las primeras tropas de Massena, después de haber caminado toda la noche: Bonaparte llama á la 32.^a, famosa ya por sus hazañas durante la campaña, y la dirige á la izquierda, á fin de enlazar las dos medias brigadas que habían cedido. El intrépido Massena avanza á su cabeza, reúne